



NOTA CRÍTICA

**SOBRE ESPAÑA. UN RELATO DE GRANDEZA Y ODIO. ENTRE
LA REALIDAD DE LA IMAGEN Y LA DE LOS HECHOS
DE JOSÉ VARELA ORTEGA¹**

POR

JOAN J. ADRIÀ I MONTOLÍO

En una de sus obras (*Nada que temer*) el novelista británico Julian Barnes cita una anotación de un escritor añejo, el francés Jules Renard, que vivió a caballo de los siglos XIX y XX y que en su diario escribió: “De casi todas las obras literarias puede decirse que son demasiado largas”. Barnes apostilla, con humor, que esta frase se halla en la página 400 de un libro de mil páginas que tendría mil quinientas si su viuda (la de Renard, no la de Barnes) no hubiera destruido las que no quiso que leyeran ojos extraños. Renard se situaba, pues, en la orilla de los que prefieren ver la paja en el ojo ajeno en fraternal compañía, entre otros, de alguien mucho más añejo, el jesuita aragonés Baltasar Gracián, que como es archisabido sostuvo que “lo bueno, si breve, dos veces bueno” sin que ello fuera óbice para que su más famosa obra, *El criticón*, se deslizara hacia la desmesura barroca que fue signo de su tiempo. Tanto es así que sus ediciones modernas abarcan entre 600 y más de mil páginas. Todo depende de lo apretado de la letra.

José Varela Ortega ha escrito en este tiempo también desmesurado un libro bien grueso, ya que supera asimismo el millar de páginas, en el que recorre la imagen que de España y de los españoles construyeron los “otros” (británicos, franceses, holandeses...) en los últimos quinientos años y que cuajó en estereotipos tozudos y en no pocas ocasiones contradictorios que a menudo los propios españoles han interiorizado. Un libro de peso, por tanto, al menos por su volumen: sostenerlo en las manos mientras se lee no deja de constituir un esfuerzo. ¿Igualmente un libro de peso por su contenido? Sí, sin duda, aunque lastrado por esa misma desmesura, que se concreta en lo abrumador de su enorme erudición, así como por cierto desorden expositivo.

El autor es un historiador bastante conocido y reconocido que aúna prestigio académico y capital social, y no sólo por ser nieto de José Ortega y Gasset, un dato que no hay nunca que pasar por alto. Nacido en Madrid en 1944, pero formado en Oxford a la vera del eminente hispanista Raymond Carr, ha sido catedrático de Historia Contemporánea en varias universidades españolas hasta recalar en la Rey Juan Carlos

¹ JOSÉ VARELA ORTEGA, *España. Un relato de grandeza y odio. Entre la realidad de la imagen y la de los hechos*, Planeta, Barcelona, 2019 (2ª edición), 1087 pp., ISBN 978-84-670-5666-2.

de Madrid. También ha impartido clase en centros de investigación y universidades de Argentina, México, Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, preside la Fundación Ortega-Marañón, que edita la *Revista de Occidente* y dispone en Madrid de su propio centro de estudios superiores, el Instituto Universitario Ortega-Marañón. Por si todo ello fuera poco, nuestro hombre ejerce asimismo de editor del digital *El Imparcial*, cuyo presidente es el eximio periodista (muy) conservador Luis María Anson.

Como historiador, Varela despuntó como una figura relevante hace ya muchos años, en particular cuando publicó en 1977 –fecha significativa sin duda– su *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, reeditado en 2001. La mochila oxoniense le permitió abordar el asunto con una frescura notable y sin los tics y las restricciones mentales y metodológicas que afectaban a los historiadores anteriores, igual daba que fueran de tradición franquista, conservadora o liberal-democrática, a los que costaba salir del terreno de juego que habían diseñado en su tiempo las plumas más militantes del regeneracionismo. También, cabe añadir, diferenciándose de los animosos autores que por aquel entonces se ponían al cobijo del ancho paraguas de Marx, demasiado pendientes algunos de ajustar el caso a la teoría y no tanto la teoría al caso.

No sé si es demasiado aventurado decir que *Los amigos políticos* fue algo así como el libro de un hispanista británico pero escrito por un autor español de pura cepa: sólido trabajo documental en la base, abundante bibliografía, buena prosa, argumentos bien desarrollados, aversión al esquematismo... Lo que sí que sé es que, con él, Varela Ortega se convirtió en una voz tan autorizada como escuchada entre los estudiosos de tal nicho temático. No es de extrañar que el mismo año de la mencionada reedición, 2001, figurara como director del volumen *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, resultado final de un ambicioso proyecto de investigación iniciado en 1985 en el Instituto Universitario Ortega y Gasset en el que colaboraron más de dos docenas de especialistas.

Tras ello, Varela siguió siendo uno de los historiadores expertos en el período de la Restauración más respetados del gremio. Pero, a la vez, abrió otras líneas de trabajo que en ocasiones lo alejaron de esa época. Me refiero a su libro *Contra la violencia: a propósito del nacional-socialismo alemán y del vasco* (un subtítulo que ya en sí indica un planteamiento comparativo muy problemático), que es sobre todo un ensayo político fruto de la prevención que provocaba en un sector de la intelectualidad española, en el que se alineó, cualquier intento de diálogo entre el PNV y la izquierda *abertzale* en un contexto en que ETA seguía matando, y que se publicó también en 2001. Y, sobre todo, a *Una paradoja histórica: Hitler, Stalin, Roosevelt y algunas consecuencias para España de la Segunda Guerra Mundial*, de 2004, y a *Los señores del poder y la democracia en España: entre la exclusión y la integración*, de 2013, productos historiográficos ambos más acordes a las convenciones académicas.

Sin embargo, un objeto que comenzó a ocuparlo (el propio Varela *dixit*) hace ya más tres décadas es el que culmina en el libro que ahora reseñamos: la imagen de España en el “otro”, en el extranjero. Y que se ha plasmado ya en cuatro o cinco textos que anticipan éste, como los dos de su autoría que escribió para *La mirada del otro: la imagen de España ayer y hoy*, obra colectiva de 2016 coordinada por él mismo, Fernando Rodríguez Lafuente y Andrea Donofrio, que dio cancha a dos docenas de especialistas, hispanistas incluidos (dos franceses, un británico y una israelí), aunque la inmensa mayoría fueran historiadores y filólogos españoles.

España, un relato de grandeza y odio cierra pues, supongo, la tarea del autor en este campo. Y lo hace con un producto muy extenso, ya se ha dicho, y no exento de originalidad. Porque no estamos invitados a leer otra exposición de la llamada “leyenda negra”, ni aun de su contrapunto, la “leyenda dorada”, sino ante un discurso

que traba dialécticamente las dos en una obra cuyo cuerpo mantiene las virtudes de la casa: gran erudición (aunque se desliza aquí peligrosamente hacia el exceso), complejidad de planteamientos, decoro académico... Entre Varela y otros autores y autoras, algunos muy promocionados, que han tratado estos asuntos en los últimos años hay notorias diferencias de calidad.

En efecto, el autor revisa en este libro los estereotipos que desde los albores del Renacimiento se han construido sobre España, los españoles o lo español (¿o sería mejor decir sobre lo hispánico?) desde el exterior, sea mediante literatura de combate, relatos de viajeros, reflexiones de eruditos y sabios o cualquier otro medio usado para crearlos, mantenerlos o reciclarlos. La introducción con la que comienza su exposición es, así y en principio, un recorrido por “la técnica del estereotipo” y sobre cómo ha servido “para describir –y explicar– las características y diferencias entre pueblos y naciones” al menos desde Aristóteles (p. 21). Un recorrido que deja paso, en un segundo momento, a su concreción en España, como “una imagen temporal que todos repiten” (p. 28), de modo que “el estereotipo de España” se presenta como “un anacronismo continuo” que tiende a fijarse en dos imágenes en fuerte contraste, el “español-militante” y el “español-indolente”. Dos imágenes que serán desarrolladas en los extensos capítulos siguientes.

El cuerpo de la obra es, por consiguiente, un inmenso relato de cómo los estereotipos, esto es, los prejuicios, nacen, crecen, mutan e incluso se imponen a las verdades fácticas. En la primera parte, titulada “Admiración y confrontación: el español militante (1479-1680)”, Varela se ocupa de tiempos en que lo español (aquí sustituible por “lo hispánico”) generaba, de un lado, admiración e imitación en Europa, y a la vez era confrontado por un conjunto de obras que crearon la imagen negativa sobre la que se levantó lo que mucho más adelante se nombró como leyenda negra. La grandeza y el odio ya están presentes en ese amplio trance inaugural.

En la segunda, “Imagen crítica y contraejemplo: la construcción del español indolente (1680-1780) y decadente (1880-1920)”, se trazan los orígenes y desarrollo de ambas imágenes, poderosas y de largo recorrido, que colaboran para presentar a España como paradigma de país atrasado. El hecho de que se agrupen en unas mismas páginas dos etapas separadas por un siglo entero no parece lo más acertado. A mi juicio, esos saltos cronológicos están bien en el cine y las novelas, pero sorprenden al lector de un libro de historia.

En la tercera, “La imagen romántica y emocional: la construcción del español apasionado (1790-1860)” se trata el interludio temporal que separa los dos períodos de la parte anterior, ese momento romántico en que “el hechizo de España”, un país visto como pintoresco, exótico, poblado de guerrilleros, bandoleros, toreros, gitanas y cigarreras, acaba poniendo el fogoso decorado de las “españoladas”. ¿No hubiera sido mejor ordenar el material de manera más convencional? ¿No hubiera valido la pena redactar una segunda parte que hubiera abarcado sólo la construcción del español indolente en el periodo 1680-1780, una tercera que se hubiera centrado en la del español apasionado de 1790 y 1860 y una cuarta que hubiera tratado la del español decadente de 1880 a 1920?

Pero Varela no ha hecho eso, por lo que su cuarta parte, la última –que en nuestra propuesta de ordenación habría sido la quinta– estudia las “Coincidencias y variaciones en el estereotipo”, y analiza cómo imágenes semejantes han sido objeto de valoraciones cambiantes e incluso opuestas en relación a los principales estereotipos, destaca cómo los períodos en que éstos han predominado no son los mismos en todos los países, se pregunta cuáles han sido los efectos de gozar o soportar el peso de esas imágenes, y se plantea la cuestión de si los estereotipos han cambiado en el último medio siglo.

Varela concluye al respecto (p. 1046) que “la modernización de España, en las cifras y en los hechos, parece estar derrotando a la imagen”, y alude positivamente a Julio Caro Baroja, para quien la palabra “españoles” no indicaba más “que los que viven en España”, negándose a decir quiénes y cómo eran, y al escritor británico David Mitchell, que opina que, dada la variedad del país, “la verdadera España” en realidad no existe. La última cita que aduce es de “hace más de dos siglos y medio”, cuando un “perspicaz embajador de la República Francesa” en España, el barón de Bourgoing, “apuntaba que en lugar de clasificar a los europeos por la nacionalidad” quizá sería mejor clasificarlos por profesiones.

Un final al que se añade un breve Epílogo, ejemplo de honradez, en el que descubrimos que el mentor de Varela, Raymond Carr, no se había mostrado muy contento cuando, hace ya años, su antiguo pupilo le había contado que le daba vueltas a escribir sobre el tema (p. 1047). Sir Raymond sostenía que “esa literatura”, es decir, la materia prima usada para elaborar *España, un relato de grandeza y odio*, “salvo notables excepciones”, era “basura intelectual con opiniones ridículas sobre España” (p. 1047).

Me da la impresión de que el reputado hispanista no iba en absoluto desencaminado. Al acabar la lectura uno se queda como estupefacto ante la mezcla de imágenes delirantes y otras que tienen mayor base real que se agolpan en su mente, agotada después de digerir las mil y pico de páginas de texto. Me temo que Varela habría recibido censuras negativas tanto de Jules Renard como de Baltasar Gracián. Por otra parte, el despliegue de erudición contrasta con lo limitado de la conclusión a la que llega el autor. Que tiene más de constatación de lo deseable que de traca final de un hallazgo. ¿Eran necesarias tantas alforjas para ese viaje? Una conclusión, además, que no parece acorde con algunas experiencias recientes. ¿No había mucho de prejuicio antiguo en la manera desdeñosa con que, no hace tanto, muchos europeos de países “austeros” miraron a los llamados países PIGS, España entre ellos? Y, para cerrar mi reseña, me siento tentado a cuestionar el título elegido por el historiador madrileño –o por su editor– por poco feliz. Yo habría puesto *La imagen de lo hispánico en la mirada del otro a través de los siglos*. He de reconocer que resultaría menos llamativo, y por tanto menos comercial, pero hablar de España como un sujeto invariable entre el siglo XV y ahora mismo me da cierto repelús. En fin, sin ánimo restar méritos a un trabajo tan minucioso, no ocultaré que prefiero al innovador Varela de *Los amigos políticos* a éste prolijo de hoy.